

## ENSAYO LITERARIO

### HELENA CONSIDERADA COMO SIMBOLO DEL ARTE CLASICO

Ἀγῶς ἀθανάτης θεῆς σὺς ὄπα ἔοικεν  
Homero; Iliada, lib. 3, v. 158.

#### I

La literatura griega, tan grande por los inmortales genios que la ornaron, vivió en el tiempo, como si Dios la hubiese revestido de la inmortalidad. Sus primeros poetas se pierden en las sombras de la fábula, y sus primeros cantos son como ensueños de la historia. Vivificada por una idea altísima, recorrió los espacios como si áuras de los cielos la agitasen, y alumbró á la humanidad cual si hubiera bebi-

do su luz en lo absoluto. Dos mundos chocaron con tremendo choque, y una civilizacion gigantesca se perdió en el polvo de sus mismas ruinas; y de aquel mar de sangre nació, como una ilusion, Homero, el dios de los poetas y el poeta de los dioses. Pérsia lanzó contra Grecia sus legiones, y la gigantesca lucha de la libertad y el despotismo engendró á Esquilo. En medio de fraticidas combates cantaron Sófocles y Eurípides; y cuando parecia agonizante la civilizacion helénica, se levantó el genio de la Academia á leer los misterios de la ciencia en la frente misma del Eterno. La espada de Filipo no pudo herir aquella artista prodigiosa, que habia hecho patrimonio suyo el fuego de la inspiracion, ni la batalla de Queronea agotar la savia de vida que en sus venas derramaron los poetas, los sábios y los guerreros.

Si las artes y las ciencias huyeron del suelo de Grecia, fué para dominar nuevos mundos y resplandecer en más vastos horizontes. Alejandria es el panteon de todas las ideas. El mundo entero rinde en aquel templo tributos de adoracion á Grecia. Los sábios de todos los pueblos se reunen para aprender la hermosa lengua helénica; y la Academia, el Pórtico y el Liceo renacen bajo el cielo del África. Aquella ciudad,

asentada sobre dos mundos, intentó que Oriente y Occidente depusiesen sus armas y olvidasen sus eternas guerras. Para cumplir tan alto propósito, reunió en sus academias á todos los poetas de la Grecia, á todos los sábios del Oriente, y la literatura helénica siguió dominiando el espíritu de la humanidad.

Cuando Roma, esgrimiendo su tajante espada, ató la Grecia á su carro triunfal, ántes que su señora fué su esclava, pues cayó de rodillas á sus piés pidiéndole maestros para sus hijos, inspiracion para sus artes.

El cristianismo escogió la hermosa lengua griega para hablar á las naciones deslumbradas. La Edad media no logró apagar el fuego de esa literatura que parecia, como Aquiles, invulnerable; el mundo moderno cayó rendido ante el espectáculo de su inmensa grandeza.

Sobre esa literatura hay siempre fija una estrella, que se llama Helena; víctima del amor, mártir del destino. Teseo la adora, Páris la arrebató en alas de los vientos y la arrulla amoroso en brazos de los mares; Proteo la detiene en Egipto; Príamo no duda en ofrecerla á Troya como holocausto de su hermosura; el héroe de Homero abandona los Elíseos campos para reclinarse en sus brazos, y como si el martirio á

que la condenó el destino no hubiera jamás de acabarse, Goethe la evoca en el siglo diez y nueve para libar en sus labios la idea de la antigua Grecia.

Helena es algo más que una mujer, es un símbolo, una personificación. Es la diosa del Olimpo del arte. Si así no fuera, no la hubieran adorado todos los poetas, y no la hubieran bendecido todos los pueblos. Hija de Júpiter, pasó por la tierra como una estela de amor, y resbaló como una idea sobre la frente de todas las literaturas.

Nosotros en este desaliñado artículo la buscaremos á través del tiempo y del espacio; desde que Homero soñó con su hermosura, hasta que Goethe cantó su amor, y la hizo madre de la poesía moderna, deteniéndonos sólo ante los grandes genios que han cantado su gloria.

## II.

Segun el método que nos hemos propuesto en este nuestro imperfecto trabajo, buscaremos á Helena en la tradición histórica, aunque reconocemos que su vida está envuelta en fábulas; y resumiremos brevemente lo más impor-

tante que con más ó ménos fundamento han dicho los autores clásicos, dando siempre á estos lejanos tiempos el carácter de místicos, como embellecidos por la imaginación ardiente de pueblos primitivos y cantados por la ciega inspiración de misteriosos poetas. Para nuestro intento nada vale la realidad histórica; nos basta saber que la idea de Helena existe, y que su luz brilla en la cuna de Grecia. No podremos con datos decir lo que pasó en el espacio y en el tiempo, pero sí podremos revelar lo que soñaron los poetas en el cielo de su alma. Helena para nosotros tiene la existencia que le dá la luz del pensamiento, y la importancia de que la ha revestido el poder del arte griego. Pero veamos la opinión de los sábios. Desacordes andan los críticos sobre su nacimiento. La opinión general le dá por padre á Júpiter y por madre á Seda. Pero no han faltado autores que, intentando hacerla hija solamente de los dioses, creen que la hubo Júpiter en Némesis (1). La infeliz diosa, esquivando las caricias del señor de las nieblas, vuela en alas de los vientos, pide á la tierra secreto asilo, y á las ondas del

(1) Stasimus, in carmine De rebus Cipriacis apud Hadrianum Junium, lib. I.

mar seguro amparo; toma todas las formas que le sugiere su mente, y no logra ocultar su hermosura á las persecuciones de su amador, que la oprime por fin contra su pecho, y la hace suya, naciendo de este amor Helena y sus hermanos Cástor y Pólux (1). Júpiter, para colmar su deseo y engañar á la esquiva hermosura que le desprecia, toma la forma de blanco cisne, cruza los mares, se cierne blandamente sobre la gruta donde reposa Némesis, logra sus caricias, valiéndose de tan traidor amaño, y en la callada noche, revistiéndose de su divina forma, goza á la beldad que huía de su poder y de su gloria (2).

Ausonio en sus epigramas, Theon de Alejandria en sus comentarios sobre Arato, consignan las dos opiniones, que sobre el nacimiento de Helena corrian con mayor crédito en Grecia, y no dan asenso á ninguna de ambas, lo cual prueba que la luz centelleante de la fábula deslumbró sus inteligencias. Pero sin duda nació tan extraña confusion de que Júpiter toma por dos veces en la theogonía pagana la forma de cisne para correr en pos de la hermosura, y de que en una de estas ocasiones engañó á Seda y

(1) Pausanias, lib. I.

(2) Higinus. Astronomicum, lib. II, cap. VIII.

en la otra á Némesis (1). Plutarco, queriendo sin duda divinizar la hermosura de aquella mujer singular que dió muerte á los imperios y vida á los poetas, dice que el huevo que encerraba á Helena cayó maravillosamente de los cielos (2). Pero nosotros, lo que aquí debemos consignar para las deducciones que pretendemos sacar de esta simbólica historia, es que Helena fué hija de Júpiter y de una mortal, segun la opinion generalmente admitida en Grecia.

De la historia de su nacimiento pasaremos á recopilar algunas opiniones sobre su rara y peregrina hermosura. La rosa de Chipre, que abre sus pétalos á las caricias de las primeras áuras de la primavera, no es tan hermosa como la color purpurina que tiñe las megillas de la hija de Seda; el áura embalsamada, que al caer la tarde, desciende como suspiro celeste de las floridas montañas de Thesalia, no es tan pura como el aroma que exhala su aliento; palpita su pecho como las ondas del mar Egeo, cuando los dioses rozan su azulada superficie con las orlas de sus luminosos mantos; brillan sus ojos como el lucero precursor de la noche, y es tan luminoso su cabello como los rayos

(1) Apología de Helena. Isócrates.

(2) το τονδάρες ον οί ποιηται λεγουσιν ουρανοπέτες αναφώναι.

de la luna al levantarse en los desiertos y silenciosos campos. Naturaleza con todos sus rumores no tiene eco que se parezca á la voz de Helena. Así Homero, no encontrando palabras en el lenguaje de los hombres para encarecer su belleza, ni imágenes en la rica naturaleza con que compararla, dice que las diosas sólo pueden compararse á Helena. Frigio, Constantino Manasés, Cedreno, Brantome, han hablado de su hermosura, sin acertar á comprender la idea oculta que representaba. Quintiliano, para conocer la perfección de tan peregrina beldad, dice que Troya no dudó un momento en morir antes de entregar á Helena.

Un religioso español, Baltasar de Victoria, dice: «Nació ésta tan aventajada y enriquecida de hermosura, que fué un portento, un prodigio y milagro de naturaleza, quedando desde aquel tiempo á éste y aun para muchos siglos en proverbio, su belleza y gallardía; de tal suerte, que cuando queremos ponderar la hermosura de una mujer, decimos que es una Helena (1).» Bayle, que suele sacrificar todo pensamiento elevado al afán de arrancar una son-

(1) Teatro de los dioses de la gentilidad; lib. II, capítulo XIX.

risa á sus lectores, desata su pluma contra la hermosura de Helena, repitiendo los mil improperios con que han insultado su memoria los hombres de todos tiempos (1). Heródoto en Euterpe, Eurípides en el Orestes y en la Helena, Propertio, Tibulo, en sus elegías, Ovidio en sus Heróidas, nos ponderan la rara hermosura de la esposa de Menelao. Pero no anticipemos ideas, porque ya veremos cómo ha pasado esta visión del arte clásico ante los ojos de sus primeros poetas, y dejemos sentado que el grito universal de todas las tradiciones la proclama por la más hermosa de todas las mujeres griegas.

Plutarco cuenta, por lo que á sus amores respecta, que Theseo se prendó de la hermosura de Helena (2) cuando apenas había la preciosa heroína sacudido el dulce sueño de la inocencia. Danzaba cierto día en el templo de Diana, dando al viento sus cabellos y regalando los oídos de los que la rodeaban con armoniosos cánticos; su blanco ceñidor flotaba como las nubes que en sus alas conducen á los dioses cuando descenden á la tierra, y palpitaba su

(1) Diccionario crítico; t. II, artículo sobre Helena.  
(2) En Theseo.

seno con gracia tal, que el héroe la arrancó al hogar doméstico, y ocultóla como prenda de su corazón en el Ática; pero sabedores Cástor y Pólux del atrevimiento de Theseo, penetraron en el país do oculta estaba su hermana, y amenazaron incendiar sus casas y talar sus campos, si no les devolvía la perdida beldad, hasta que lograron su intento después de haberse instruido en los pavorosos misterios que Atenas guardaba en sus templos (1). Algunos sostienen que Iphigenia nació de los amores de Theseo y Helena, la cual fué á casa de su hermana Clitemnestra á dar á luz el fruto de su desgracia, y compadecida ésta, dió á Iphigenia el nombre de hija, sin que Agamenon conociese tal engaño. Cástor y Pólux creyeron también que Theseo no había logrado triunfar de Helena ni avasallar su corazón (2). Ovidio dice que Theseo logró tan sólo imprimir un beso de amor en aquella hermosa frente, y alcanzar inocentes y purísimas caricias de tan preciosa hermosura (3).

Después de estos amores, entró bajo el dominio de Menelao, que la amaba, como todos los

(1) Heródoto, lib. IX, § LXXXI.

(2) Pausanias, lib. II.

(3) Heroidæ, Epístola Helenæ.

que tenían la dicha de contemplarla, aunque fuese por breve espacio de tiempo.

Un pastor, hijo de reyes, atraviesa, guiado por Vénus, los mares y recibe cordial hospitalidad en el palacio de Menelao. Su perfidia es tan grande, que se enamora de la reina, y su atrevimiento tan desordenado, que la arranca del lecho conyugal. Nada le importa desoir la voz de su conciencia y quebrantar los deberes de la gratitud. Ni el temor le contiene, ni las lágrimas de su amada le ablandan (1). Un amor más profundo que los mares y más inmenso que los cielos, le posee como furia desencadenada del Averno, y se entrega con su presa á los vientos, sin fijar los ojos en lo porvenir, sin presentir la tempestad que rugía sobre la cabeza de su raza. Diez años de sangrienta guerra, la ruina de la ciudad troyana y la muerte de una gigantesca civilización, fué el precio con que pagó el rapto de aquella mujer.

No queremos dejar pasar la ocasión que se nos presenta de consignar aquí la opinión de Heródoto, que después veremos reproducida en Eurípides. Helena jamás visitó á Troya. La tempestad la cubre con sus negras alas, y la

(1) Esquilo, Agamenon, v. 410.

impele á las riberas de Egipto. Proteo la recibe en su palacio, y jura protegerla hasta que pueda entregarla á Menelao. ¿No parece este maravilloso relato un cuento de caballería? (1).

El padre de la historia analiza con la profunda crítica este cuento que oyó de lábios de los sacerdotes egipcios, y dice que Troya no hubiera consentido por una débil mujer y un veleidoso mancebo verter la sangre de sus hijos ni quebrar el áureo cetro de su poder. Los griegos pedían á Helena, y los troyanos que en sus muros no la guardaban, ¿cómo habían de entregarla á su esposo? Manifestaron la verdad y los Danaos no creyeron sus palabras, que siempre fué propio de la astúcia recelar de la lealtad (2).

Después de muerto París entregóse Helena á Deiphobo, cuyo amor costó la vida al desgraciado héroe (3) y Menelao, tomada Troya, volvió á compartir con Helena su lecho, como si jamás la nube del crimen hubiese empañado aquella frente, ni livianos amores manchado sus rosados lábios. Esparta la acogió con estremecimientos de placer, como si sus campos

(1) Libro Euterpe de su historia, § CXII.

(2) Ybidem, § CXX.

(3) Virgilio, Eneida, lib. VI, v. 495 y sigs.

recibiesen más gratos aromas, y sus horizontes más espléndidos colores con albergar á la hija de Júpiter. Resonó el canto de los poetas en el Olimpo, que se llenó de júbilo al contemplar á la hermosa reina feliz en su palacio, y Aquiles, como hemos dicho, burló á la muerte, y tomando vida, desde los Eliseos campos voló á sus brazos; porque ni la purísima luz de aquellas bienaventuradas regiones centelleaba como los amorosos ojos de Helena, ni las armonías que ruedan sobre aquellos bosques encantados, producidas por las gotas de celestial rocío que caen en los frondosos árboles, eran más dulces que sus palabras de amor y de ventura.

Para concluir diremos, que los dioses la recibieron en el Olimpo, y los hombres la fabricaron templos; porque á pesar de sus adulterios, fué siempre pura su alma. El destino hirió su frente con la clava de sus inflexibles decretos.

Ἡ ἑλὴν ἴδ' ἐμοχθησ' ὀνχεκουσ' ἀλλ' ἐκ θεῶν (1)

### III

Esta historia tiene un sentido simbólico. Vico en su *Scienza Nuova*, verdadero santuario don-

(1) Eurípides, *Andrómaca*, v. 680.

de la antigüedad depositó sus secretos, nos dice que en todos estos tiempos heróicos debemos buscar la idea oculta representada por las entidades históricas, que la tradicion nos presenta con todos los colores propios de la infancia de los pueblos. Nosotros más que una relacion histórica vemos en la vida de Helena una leyenda, y más que una leyenda el resúmen de todos los principios de arte profesados por los antiguos tiempos.

La conciencia universal se ha elevado hasta la concepcion del sér absoluto, de la sustancia única. Así, todo acontecimiento que pasa en el torbellino del tiempo es una modificacion de la idea única, donde toma su forma todo lo que se refleja en el trasparente espejo del espacio. El alma, contemplando con místico amor á la naturaleza, oyendo sus rumores, se perdió en su seno como la lluvia de los cielos en el inmenso abismo de los mares, y por esta union con la sustancia, alcanzó á escribir en caractéres de fuego al frente del inmortal libro de su ciencia la unidad eterna; idea que creó las armonías de las artes orientales, y los pavorosos misterios de aquellas tenebrosas religiones. Pero el hombre en el Oriente no tenia conciencia de sí. Perdidó en un mundo de gigantescas sombras, no

acertaba á interpretar los rumores que confundian su mente ni á mirar la luz que deslumbraba su imaginacion. Arrullado por el suspiro de su inocencia no podia levantarse á beber su idea en la fuente única, infinita, de donde se deriva todo conocimiento. Ese mundo de la naturaleza que absorbe como insondable abismo el débil soplo de nuestra existencia, se disipa como nube ahuyentada por el viento cuando Grecia proclama la apoteosis de la idea humana. Entonces el universo palpita en el corazon del hombre, toma colores de su imaginacion, luz de su mente; se orna con las flores que le ciñe el arte humano y modula en la inmensidad los cantos que le enseñan los poetas. El hombre es todo. Llora en el arroyo, luce en los astros, canta sus penas con los conciertos del áura, se embravece en el mar, agita blandamente las hojas de los árboles, sube de esfera en esfera hasta el cielo, y al encontrarlo vacío, lo puebla con las pasiones de su corazon, con las ideas de su mente.

¡Qué maravillosa trasformacion sufrió el espíritu humano!

A los misterios sucedieron los cantos; á la dominacion de una clase la libertad de todos los ciudadanos; al arte basado en la muerte del yo



de la humanidad arrebatada por la actividad de la naturaleza, aquella poderosa fuerza que convertía los mármoles en dioses y las desnudas tablas en deslumbradores cielos. Mas en Grecia el hombre no fué tan sólo la idea, fué también la forma. Confundido el pensamiento y su manifestación, el hombre fué el tipo, el creador y la única forma de principio artístico y del dogma religioso. Y en estas consideraciones nos fundamos para sostener que la historia de Helena es el conjunto de todos los dogmas del arte griego y el resumen de su vida al levantarse para dirigir su rúido vuelo á lo infinito: fin último de toda actividad, objeto de toda idea.

Helena es hija de Júpiter y de Seda, es decir: Helena es hija de lo invisible, de la inspiración, y de lo visible, de la naturaleza, de la forma. Hé ahí los dos principios constitutivos del arte. Si nace en las aguas como Vénus, es sin duda porque los griegos hacían al agua la sustancia generadora del mundo.

Su hermosura en nada á la naturaleza se parece. Ni el resplandor de los cielos luce como su frente, ni los coros de astros que velan sobre la dormida tierra son más numerosos que sus gracias. Su belleza no tiene límites como la belleza del arte. Es la visión purísima que ador-

mece al divino poeta Homero cuando canta, la idea que tiñe con sus reflejos la frente de Fidias cuando anima el mármol. Es la hermosura perfecta, porque vive en el cielo de las ideas; la hermosura que, alejándose del mundo, va á perderse como los sueños de los dioses en la luminosa región de las eternas armonías. Desde tan alto punto, como tipo de toda obra artística, exhala un suspiro de amor, y la naturaleza palpitante de esperanza se transfigura y hermo-sea en su purísimo seno.

Así se explica cómo los indomables héroes caen de rodillas á sus piés y adoran su hermosura; cómo su amor nunca se agota ni su belleza se empaña; cómo objeto de tantas caricias, juguete de tantos caprichos, se conserva siempre pura; cómo después de haber caído en brazos de Páris, Egipto proclama sus virtudes, y destruida Troya, Grecia la recibe en sus palacios y levanta á su memoria preciosísimos é inmortales templos. Es la idea que embriaga todas las inteligencias; el amor que trastorna todos los corazones; la armonía que el alma entiende, sin que la razón sepa analizarla; es en fin, el arte, pero el arte griego, que por más alto que se levante y más grande que aparezca, es pantheista, como patrimonio de todas las

clases, como estrella de todos los entendimientos. Así, cada uno de los héroes que la adoran representa una de las nacionalidades de la Grecia, y en el día en que el peligro de perderla amenaza, se levantan todas las nacionalidades distintas á rescatarla; porque Grecia comprende que Helena es el título sagrado con que ha de presentarse un día á pedir á la gloria el laurel de la inmortalidad.

El Oriente comprende que el viento del destino arrebató de sus sienas la diadema de las artes. Presiente que Grecia está destinada á dominar el mundo por la fuerza de su inteligencia y por el poder de su gloria. Sabe que su sér se le escapa, porque la idea primordial que preside al desarrollo del espíritu humano, abandonando sus templos, vuela, conducida en alas de las áuras, á otras regiones y á otros horizontes. La humanidad despierta de su letargo. Nuevo Adán arranca sus misterios al mundo de las sombras, y se envuelve en el manto de la divinidad con que había ornado á la naturaleza. El Oriente, fiel á su destino, no puede consentir que el hombre, esa pasajera áura de una tarde, quebrante con fuerte planta la cabeza de sus misteriosos dogmas. Así, envía á su hijo Páris á arrebató la inspiración artística á Grecia.

Pero todavía su poder no ha muerto y logra que el arte se acuerde de que sus adoradores primeros fueron los orientales, y se abandone á sus brazos para respirar las áuras que arrullaron la cuna de la humanidad.

Entonces dos mundos, dos civilizaciones empuñan sus espadas, y se lanzan arrogantes al combate. No pelean por una mujer, no; pelean por el porvenir de sus razas, por la idea que los anima, por el presentimiento de que al arruinarse una de ambas civilizaciones arrastrará en sus escombros sus dogmas y sus artes. En esta guerra gigantesca lucharán las fuerzas como un resultado de las ideas. Sí, á orillas del Escamandro se reúnen legiones innumerables como las flores de la primavera, con armaduras más relumbrantes que encendidas selvas; en África la sabiduría griega personificada en Ulises y la sabiduría oriental personificada en Antenor (1) combaten con las armas de la razón por Helena; por aquella hermosura, á cuyas plantas sacrificaba Grecia sus hijos y vertía Troya su sangre.

El Oriente no había arrancado más que la forma. La idea se evaporó en los brazos de Pá-

(1) Véanse los fragmentos de la Ελενης 'απαιτησις de Sófocles.

ris. Sensual, pidió amor, y los dioses le condenaron á gozar una sombra. Si hubiese pedido sabiduría, inspiración, Helena fuese suya, y Grecia, falta de su idea, hubiera dormido tal vez para siempre en brazos del olvido. Se dejó arrastrar por el materialismo, y murió castigado por su propia elección, porque el materialismo en arte y en filosofía es infecundo para crear é impotente para conocer. Pero fué necesario que el principio fundamental del arte griego volase á Oriente, para que no se rompiese la mística y hermosa cadena que con indisoluble lazo une todas las manifestaciones del espíritu humano. Helena, al volver á Troya, trajo en su frente los misterios del arte oriental, y en sus ojos la luz espléndida de aquel ardiente sol. Así fué el sér misterioso que vió nacer de su corazón la literatura más grande que han cultivado los hombres.

Helena fué inmortal, y por su hermosura volvió á los cielos como ráfaga de luz que volvía á su sol.

Los rodios y los lacedonios alzaron templos para honrar su memoria (1). Sthesichoro que se atrevió á insultarla, quedó ciego, porque ¿có-

(1) Pausanias, lib. III.

mo un poeta podía desconocer la grandeza de aquella musa que en ondas de luz trasmítia á su mente las revelaciones del arte? (1) Las vírgenes deformes se trasfiguraban en su templo, recibiendo resplandores de purísima belleza como la humanidad se trasfigura en el cielo de la poesía (2). Cástor y Pólux ascendieron por ruegos de su hermana al trono de los astros; porque el arte, que es una oración infinita exhalada en nubes de aroma, en torrentes de armonía, tiene poder para ceñir la frente de sus sacerdotes con la inmortal diadema de la gloria (3).

Helena tomó el nombre de la civilización griega, porque fué el símbolo de todas sus aspiraciones. La humanidad ha convenido en dar á todas las ideas santas y consoladoras nombres femeninos. La virtud, la gloria, la felicidad, la inspiración, la poesía, la fé, la esperanza. *Virtus, gloria, fides, poesis, spes*, etc.

¿Será Helena también ó su nombre un símbolo? De cualquier modo su vida poética, sus amores tienen mucho de maravilloso. Su influencia es misteriosísima. Ahora la veremos aparecer

(1) Pausanias, lib. III.

(2) Herodoto, lib. IV, § LXI.

(3) Isócrates. Apología de Helena.

en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginacion los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

## IV

La poesía lírica es el primer canto que entona el genio del arte. Helena sin duda debia ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta nos la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la mujer, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas examina las dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves como un suspiro de amor, y la heroica y ruda lengua que modulan sus héroes, toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificación del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiracion los combates de griegos y troyanos empeñados en sangrienta guerra por obtener

su amor (1). Iris, la alada mensajera de los dioses, le anuncia que Menelao y Páris van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus lábios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las áuras que mecieron la cuna de Helena, despier-ta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena envuelta en blancos velos acude presurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los supiros de su co-razon.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Príamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es parte para desencadenar las tempestades que amagan anegar en la eternidad el antiguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto se ve pasar á los héroes de su pátria y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo

(1) Iliada, lib. III, v. 125 y sig.